

México: ¿menos pobres?

José Luis Piñeyro

4 de agosto de 2007

El pasado 16 de julio se dieron a conocer los resultados de la Encuesta Nacional de Ingreso y Gasto de los Hogares (ENIGH) 2006. Desde esa fecha, varios analistas han mencionando que 10.5 millones de personas, las más pobres de México, incrementaron su ingreso en 22.6% entre 2004 y 2006. No se dice que luego de ese fabuloso aumento esas personas sobrevivieron con un ingreso de 567 pesos al mes. Se espera que ya publicada la ENIGH 2006, el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, responsable de la medición oficial de la pobreza, dé a conocer los cálculos oficiales sobre la evolución de la pobreza. Es probable que se continúe con la danza de cifras.

Los crecientes conflictos sociales, el aumento de la criminalidad y la reactivación de la guerrilla obligan a repensar cómo se ha abordado el problema nacional de la pobreza. No porque los pobres sean parte de los grupos criminales o guerrilleros, sino que en un contexto de falta de expectativas futuras y de mentiras oficiales sobre la realidad económica, el crimen profesional y ocasional y la lucha armada pueden convertirse en una paulatina alternativa para algunos grupos de la población.

Por ello, lo primero que se debe hacer es conocer la dimensión real de la pobreza para poder atenderla. La metodología oficial genera muchas dudas, pues se basa en el establecimiento de un ingreso mínimo (línea de pobreza) que se calcula permite a las familias tener un nivel de vida adecuado y considera pobres a aquellas con un ingreso abajo de ese mínimo.

En México, en un verdadero "exceso conceptual", las instancias responsables definieron tres líneas de pobreza: la alimentaria, de capacidades y de patrimonio. La primera de éstas muestra una falta de sensibilidad social que mueve a la indignación, incluye a hogares cuyo ingreso no cubre las necesidades mínimas de alimentación. Según la metodología oficial, éstas se satisfacen con el equivalente a 19.4 y 26.3 pesos diarios por persona en áreas rurales y urbanas, respectivamente. El concepto de pobreza alimentaria, anota Julio Boltvinik: "No reconoce ningún derecho humano, ya que reduce a los individuos a su estado más primitivo y animal", y cuyo supuesto implícito es que los hogares gastan todo su ingreso en comprar alimentos, sin considerar que "la desnudez en lugares públicos está prohibida y que sin gastos en transporte es imposible llegar al trabajo", concluye ese experto.

El gobierno foxista pretendió convertir esta abstracción analítica en realidad, y afirmó constantemente en la publicidad gubernamental que cierto porcentaje de la población mexicana superó la pobreza alimentaria. Esto implica una grave amenaza para la seguridad nacional (SN), ya que detrás de esos cálculos el gobierno ocultó la dimensión real del problema: el hambre que recorre a México.

Acorde con un método que utiliza el ingreso como único indicador para medir la pobreza, el gobierno de Fox fortaleció el programa Oportunidades, que funciona mediante apoyos económicos en efectivo a las familias pobres extremas, pero condicionados a la asistencia escolar en los niveles básicos a los niños de las familias beneficiarias, al control médico preventivo a través de dos consultas anuales y al consumo de complementos alimenticios para mujeres embarazadas y menores desnutridos de hasta cinco años.

Los apoyos de Oportunidades no sacan a las familias de la pobreza, como reconoce Neftalí Escobedo, actual coordinador nacional de Oportunidades, pues este programa: "Da incentivos para que la población en pobreza extrema desarrolle sus capacidades, y la prepara para que pueda vincularse con otros programas sociales y productivos", pero "no combate la pobreza, pues esta tarea no podría ser abordada sólo por un programa de transferencias". Empero, esos apoyos más las remesas de los migrantes sí influyeron en las alegres estadísticas oficiales sobre la reducción de la pobreza.

Así, el gobierno foxista basó su supuesto principal éxito (el combate a la pobreza) en lo que en realidad fue su más grande fracaso: millones de familias paupérrimas y millones de compatriotas migrando para incrementar su salario; la desatención al problema abrió mayores vulnerabilidades a la SN. Hoy dependemos de las remesas para el sostenimiento de los hogares, y el mantenimiento de programas como Oportunidades es imprescindible porque de ahí depende parte de la legitimidad del gobierno de Calderón, incapaz de garantizar el futuro de la nación mediante un desarrollo económico incluyente con empleos permanentes y bien remunerados, con seguridad pública no mediática y con combate real a la pobreza, sus tres promesas electorales.

jlpineyro@aol.com

Profesor investigador de la UAM-A